

EL TRABAJO ETNOGRÁFICO. UN OLVIDO DE LA ANTROPOLOGÍA FÍSICA

Josefina Ramírez Velázquez*

Una de las preocupaciones de los que realizamos investigación desde el campo de la antropología física ha sido precisamente su definición. Cuestión que desde mi punto de vista se ha expresado de manera cíclica, de acuerdo con transformaciones inherentes al desarrollo de toda ciencia que no pueden ser analizadas de manera separada de procesos históricos, sociales e institucionales.

Como parte de su propia historia, en nuestro país, muchos antropólogos físicos se han preocupado por la búsqueda permanente de su identidad, una prueba de ello es nada menos que aquella inquietud de Comas y colaboradores (1971) quienes, interesados en el tema, elaboraron una indagación a través de una encuesta para entender lo que es la antropología física frente a la biología humana y sus diferencias en cuanto a métodos, finalidades y técnicas.

No obstante, las sucesivas vueltas al tema y las numerosas discusiones que ha conllevado, por lo menos en México, han generado dos hechos característicos que aluden a su definición. Uno, que la antropología física forma parte de la ciencia antropológica y, dos, que sigue manteniendo como eje de su atención la evolución del hombre, su diversidad y su variabilidad. Para quien esté interesado en analizar la trayectoria que ha tenido nuestra disciplina, podrá encontrar que ésta ha enfrentado un proceso de continuidad-discontinuidad, expresado no sólo por crisis internas de indefinición, sino por procesos externos que han puesto en tela de juicio su práctica.

*Dirección de Antropología Física-INAH

PERSPECTIVA CLÁSICA Y LA NUEVA PROPUESTA. ¿ALGÚN CAMBIO?

Saber que una época de dicha trayectoria es reconocida como «la antropología física clásica», otra como «la nueva antropología física» y otra como «la más nueva antropología física» como lo plantearon Washburn (1951), Garn (1954) y Comas (1957), entre otros, nos hace suponer de entrada que algunos postulados teórico-metodológicos constituyen las pautas de diferencia.

Dichas pautas están dadas sobre todo en las preguntas que los investigadores se han planteado respecto de la naturaleza de su objeto de estudio y los recursos propuestos para resolverlas. Por ejemplo, la antropología física clásica tenía como preguntas centrales el origen, la evolución del hombre y su relación con el resto de la escala zoológica. De tal suerte que el interés estuvo centrado en una perspectiva taxonómica. Clasificar era el principal objetivo de la antropología física clásica, pero también fue la principal herramienta para el análisis de la evolución y de la variabilidad humana; con esta intención se le confirió una gran validez para la demostración a la descripción más o menos detallada del proceso clasificatorio. De ahí que en términos metodológicos, todos los esfuerzos de los antropólogos físicos se dirigieran hacia la obtención de normas para establecer las mediciones y la observación.

Es obvio que el énfasis en la clasificación es un producto sociohistórico que tiene que ver con las creencias sobre el origen de la vida y la sociedad, pero también sobre las propias creencias de los investigadores, basadas en una estructura de poder, es decir, con la posible utilidad del conocimiento que producen. La antropología física clásica, que bien puede ser ubicada según Washburn (1965) entre las postrimerías del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, no se preocupó más que por la clasificación y la descripción del problema de la variabilidad humana, sin dar cuenta de los procesos mediante los cuales se ha llegado a tal punto. Centró su interés en algunos conceptos que orientaron sus explicaciones, tales como adaptación, selección, ortogénesis, raza, tipo e incorporó la perspectiva genética para establecer con mayor precisión la comparación entre las razas. Pero no hubo un interés explícito por el desarrollo de una teoría propia que fundamentara una explicación compleja de la evolución

y la variabilidad humana, sobre todo por la ferviente creencia de que los hechos hablan por sí mismos.

Los autores señalados anteriormente observaron las limitantes de la perspectiva tradicional de la antropología física y elaboraron una nueva propuesta. En cuanto al objetivo de la investigación, el énfasis en la clasificación sólo produjo una diversidad de tipologías sin explicar su existencia, es decir, no dio cuenta de un proceso causal. La propuesta de la «nueva antropología» consideró la importancia de la clasificación, pero más bien como una actividad secundaria, dándole prioridad al proceso de comprensión y explicación de los fenómenos. Tarea que Dobzhansky (1950) ya exigía de los antropólogos físicos al discutir que el problema de las razas no se resuelve estableciendo complejas clasificaciones, sino por el contrario, encarando el problema de la causa y el proceso. La lógica que se estaba imponiendo en esta nueva propuesta era, en esencia, una lógica de cuestionamiento a la investigación positivista, basada eminentemente en lo que se ve sin inquirir en las causas posibles de los fenómenos, que aunque se asumían «biológicos» sus explicaciones se daban entre la biología y la naturaleza.

En términos teóricos, la propuesta tenía el interés no sólo de establecer cuestionamientos sobre los resultados obtenidos, es decir, en los usos del conocimiento, sino también para llamar la atención en la importancia de la teoría como base de la investigación y por tanto en la necesidad de generar aproximaciones al fenómeno que se quiera investigar, con base en hipótesis consecuentes, verificadas experimentalmente.

En cuanto a la técnica, la antropología física tradicional depositó toda su efectividad en la métrica al considerar que en sí misma proveía luz sobre las causas. No obstante la nueva propuesta observa esta limitante y, aunque no la descarta, relativiza su importancia y promueve la diversificación técnica, subrayando que la investigación requiere de un enfoque flexible.

En síntesis, el objetivo de investigación de la nueva y más nueva antropología física propone rebasar el nivel descriptivo para lograr la comprensión, explicación e interpretación de los fenómenos alejándose de la especulación y orientando la principal actividad hacia la demostración de la validez de las hipótesis; es decir, trazando un trayecto que no parta de un cúmulo de «datos», sino de la elaboración de interrogantes primarias que orienten la investigación.

Desde mi perspectiva, las propuestas de cambio sobre la manera de pensar y hacer la antropología física, si bien impusieron una nueva mirada y actitud crítica en la experiencia de investigación en México, es posible observar a partir de resultados de investigación que, en la mayoría de los casos, se quedaron en el nivel de discurso. Esto es, hay una incipiente transformación de las formas en que se investiga, toda vez que en general siguen haciendo falta la elaboración de interrogantes que se orienten a demostrar las causas y el proceso, ya que aún hoy en día la investigación en antropología física aborda el cuerpo humano en tanto objeto medible y convierte a los grupos humanos en series de medidas dirigidas básicamente a la descripción ya sea la ósea, si se refiere a poblaciones desaparecidas, o corporal, si trata de poblaciones actuales.¹

LA BÚSQUEDA DE CIENTIFICIDAD, UN PROCESO DE ALEJAMIENTO DE LO ANTROPOLÓGICO

En principio, aquella intención por pasar de la descripción a la explicación e interpretación de los fenómenos antropofísicos, propuesta en la primera mitad del siglo XX, más que producir una reflexión crítica de los principales conceptos, teorías, métodos e intenciones de la antropología física, originó tan sólo la incorporación de numerosas técnicas para evitar basarse exclusivamente en la métrica, amén de que la necesidad del enfoque flexible proponía la inclusión no sólo de otras técnicas, sino de otros métodos y con ello entiendo nuevas maneras de aproximarnos a la explicación de los fenómenos.

Si bien estas innovaciones son conocidas por el gremio e incluso en su mayoría bien recibidas bajo la premisa de que ampliaron el horizonte instrumental de la disciplina y en consecuencia diversificaron las rutas de obtención de información, también generaron,

¹ Si bien la observación parece tajante, baste para su corroboración una mirada a las propuestas de investigación que contiene toda tesis de antropología física, que en esencia representa la primera experiencia de investigación formal. También véanse los protocolos de investigación, o bien los propios ensayos, artículos o libros productos de la investigación antropofísica, desde los cuales podemos observar la poca atención que se otorga a la investigación como proceso, conformada por diferentes fases y cuyo principio necesario tiene que partir de mínimas preguntas.

a mi juicio, un proceso del que poco se habla y que ha tenido una trascendencia impensada aún en el mismo gremio antropológico.

Me refiero concretamente a un trayecto en el que la antropología física se aleja de su matriz de origen; es decir, se desantropologiza, subrayando la especialización hacia otros derroteros en busca de la acreditación de su naturaleza científica. Esto se muestra conflictivamente en dos hechos interesantes que tienen que ver con el proceso de especialización de la antropología general y que por razones de espacio sólo voy a enunciar. Por un lado, el que la dimensión biológica se convierte en el campo central, patrimonio de la antropología física, que a su vez es relegado o excluido intencionalmente de la antropología sociocultural por la decisiva significación de las teorías racistas dentro de la antropología profesional. Por el otro, la imperativa necesidad y urgencia de los antropólogos físicos por demostrar su especificidad científica, apoyándose significativamente en las ciencias naturales, sobre la búsqueda de datos contundentes.

En este proceso, muy complejo por cierto, en el que la antropología física asume el compromiso de dar cuenta de la variabilidad de las poblaciones y del devenir del *Homo sapiens*, sus profesionistas centran la atención en la búsqueda de datos clasificables, comparables, generalizables, con un objetivo que, por lo menos hasta la primera mitad de este siglo, ha resultado incómodo y que tiene que ver con la caracterización racial o si se quiere con la búsqueda del registro de la diferencia, que apuntaba hacia un discurso de la estratificación corporal, fenotípica, morfológica, que tal vez sin admitir se prestaba para conformarse como un criterio de dominación.

Quizá la pregunta clave que debemos formular en el momento de intentar delinear la identidad de la antropología física deba ser la siguiente: ¿para qué medir y caracterizar a las poblaciones? Porque sus diversas respuestas van a denotar su propia historicidad y van a develarnos que la antropología física es y ha sido ejercida por sujetos inmersos en relaciones sociales, ideológicas y políticas.²

² En la antropología física no hay una tradición de análisis sobre la «objetividad» de los conocimientos que produce. Más bien su apego al método científico, entendido éste como el que produce «datos duros», cuantificables, le da la garantía de objetividad y científicidad. En este sentido, la idea de que toda investigación es producida por sujetos de carne y hueso que piensan, tienen una cultura e ideología, que las más de las veces se vierte en sus proyectos de investigación, no es pro-

Emitiendo esta pregunta podemos observar que hay un momento de ruptura entre una práctica que caracterizaba poblaciones con criterios tipológicos y una actividad tendiente al compromiso con la realidad social. Este momento, como todos sabemos, se gesta en los años sesenta pero se expresa con mayor fuerza en la siguiente década, en la que incorporándose una mirada más crítica se presume la importancia de la función social de nuestra disciplina.

La respuesta a por qué medir y caracterizar poblaciones tuvo y ha tenido desde entonces la intención de evidenciar procesos de dominación y de depauperación, así como situaciones marginales que empezaron por dibujar ya no a poblaciones homogéneas y «sanas», sino precisamente a poblaciones enfermas.

Se experimentan avances importantes en la resignificación de conceptos como el de hombre, soma humano, variabilidad y corporeidad, se asume la disciplina como una ciencia sintético-conectiva³ y se reconoce la importancia de articular lo social, lo genético, fisiológico, morfoestructural y psíquico del hombre.⁴

En la caja negra de la antropología física, se fue conformando como el verdadero desafío, no sólo teórico sino metodológico, la pretendida articulación de diversos niveles desde los cuales se suponía una posible explicación más integral. Hacia los años setenta, por ejemplo, se pugna por reconocer la articulación entre naturaleza y sociedad, apuntando la importancia de la historicidad de los fenó-

blematizada. Sin embargo, las propuestas de Washburn y Dobzhansky, que he apuntado arriba, aunque no son explícitas en el sentido de asumir que toda investigación obedece a relaciones sociales, ideológicas y políticas, en las que el investigador se ve inmerso, lo apuntan entre líneas. Esto se puede observar si ubicamos el momento en que producen su discurso, ya que en el marco de la antropología en general y concretamente de la antropología sociocultural, el debate de los años cincuenta y sesenta se da precisamente sobre la «epistemología positiva» de las formas convencionales en que se produce el saber antropológico y en las que se elaboran los informes. Para una discusión amplia de dicho debate véase Geertz y Clifford (1991).

³ Supuesto asumido sólo por algunos antropólogos físicos, que lamentablemente no tuvo continuidad en la comunidad académica.

⁴ Ésta conforma una propuesta novedosa y bien argumentada desde los recursos teórico-ideológicos de la época, donde lo que se revelaba desde el discurso marxista era la lectura abstracta del hombre colocado entre la naturaleza (concretamente la biología) y la historia. Véase Murguía (1980).

menos. Y por una cuestión de carácter disciplinar la cultura no se incorpora, pues es un ámbito analítico propio de la antropología socio-cultural. La antropología física se mantiene de hecho al margen de una discusión ácida que se genera en dicha área de conocimientos, no sólo sobre el concepto de cultura, sino de los métodos aplicados en el análisis antropológico.

Hasta hace poco menos de cinco años, los antropólogos físicos mexicanos habían vuelto a mirar con interés la importancia de los aspectos culturales en la explicación de ciertos fenómenos. Y ello se debe no a su cercanía con la antropología cultural y social mexicana, de la cual está bastante alejada, sino a la asunción de propuestas venidas desde la antropología física norteamericana, que gracias a Goodman y Leatherman (1998) descubre la importancia de la discusión que trata de relacionar la biología y la cultura, junto con la sociedad y la economía política.

Al respecto, habrá que recordar que en nuestro país la discusión de incluir la economía política y el contexto social al análisis biológico de diferentes grupos sociales tiene varias décadas y ha mostrado esfuerzos tenaces de parte de algunos interesados por describir y analizar fenómenos que intentan comprender el sentido que los actores sociales atribuyen a sus experiencias. No obstante, también es menester reconocer que dichas propuestas no han logrado hasta ahora una contribución más sólida en términos teóricos y analíticos conceptuales.

Desde la perspectiva crítica de la antropología física por ejemplo, no se han discutido conceptos como el de indígena, mestizo, mestizaje, comunidad y población, con una cierta continuidad y eficacia; es decir, sólo son incorporados en la medida en que el investigador lo requiere, pero no como una tendencia analítica. Algo similar ocurre con otros conceptos como el de cultura o aquellos que expresan claramente la desigualdad social como son los conceptos de desnutrición, pobreza, salud-enfermedad, racismo, sexismo, explotación. Cualquiera de los lectores podrá objetar que son conceptos acuñados en la antropología social o en la sociología, y en efecto, pero no hay que olvidar que en el devenir de la práctica antropofísica se advierte la importancia de explicar la expresión biológica del cuerpo no como una cuestión natural, sino como un fenómeno complejo en interacción con procesos sociales, culturales, económicos y políticos, desde los cuales son imprescindibles dichos conceptos para el análisis.

Más allá de un cuerpo conceptual que refiera a la pretendida articulación entre lo biológico, lo social y lo cultural, me parece que también está ausente la reflexión de lo que debe ser el proceso de investigación; es decir, el proceso por medio del cual se generan datos antropofísicos.

LA INVESTIGACIÓN COMO PROCESO, EL DATO COMO RESULTADO

Es significativo que a partir de los años ochenta, todos los referentes que podemos encontrar de trabajos antropofísicos (tesis, artículos, ensayos o libros) parten de la supuesta conexión entre lo biológico y lo social, aunque en lo concreto; es decir, en la presentación de sus resultados de investigación, el modelo utilizado refleja una ausencia de descripción de la investigación como proceso y se enfatiza una discusión sobre la aplicación de la técnica o las técnicas y sus consecuentes resultados.⁵

¿Cómo influye esta cuestión en la producción de datos antropofísicos? Me parece que ésta es una pregunta que puede empezar a explicar lo que he denominado como «desantropologización» de nuestra disciplina y que se relaciona directamente con el título del presente ensayo, pues pensar en la articulación de naturaleza-sociedad-cultura tiene necesariamente que expresarse en otro tipo de articulación que define el proceso de investigación; es decir, en la existencia armónica de tres aspectos esenciales, la problemática específica a indagar, un cuerpo teórico conceptual y la ruta metodológica que ello requiere.

Esto quiere decir, en resumen, asumir la investigación como un proceso creativo desde sus inicios; es decir, desde el momento mismo

⁵ Al analizar diferentes resultados de investigación, en nuestra área, he observado que a menudo no existe una preocupación por parte de los investigadores para ubicar la pertinencia de sus análisis, así como tampoco se contextualiza el tema convertido en problema dentro de la producción teórica a nivel internacional, nacional o regional, como para entender dicha pertinencia. El cómo surge de una investigación, así como la reflexión relativa a lo que produce el investigador en los sujetos de estudio o lo que implica su propia ideología referida como su «yo cultural», «yo testimonial» no son preocupaciones antropofísicas porque el investigador es concebido *per se* como un «científico», por el hecho de establecer una distancia con el «otro» como objeto de estudio, en términos de saber. Esta cuestión por supuesto es más acentuada en la investigación realizada en poblaciones vivas que en desaparecidas.

en que el investigador ha ordenado sus supuestos y ha sido capaz de construir su objeto de investigación, teniendo claridad sobre: para qué o para quién, por qué y cómo investigar. Modalidades que de acuerdo con Ibáñez (1986) dan la posibilidad de integrar en la investigación científica tres niveles esenciales: el epistemológico, el metodológico y el tecnológico, que a la vez nos remiten a considerar, como ha subrayado Bourdieu (1995) acertadamente, que el objeto de estudio «se conquista, se construye y se comprueba».

La importancia de estas afirmaciones radica en contribuir a la explicación de interrogantes que están de manera permanente en nuestro quehacer de investigación, que no sólo tienen que ver con cuestiones filosóficas y éticas, sino con asuntos más prácticos que en la vida cotidiana de los investigadores se tienen que dirimir, por ejemplo la difícil decisión de si un trabajo de investigación es o no del campo de la antropología física.

La pregunta obligada entonces está elaborada en tres: ¿qué es un dato antropofísico? ¿Cómo es ese dato que construye la diferencia y la identidad propia de la antropología física frente a otras disciplinas?, y ¿de qué manera se obtiene y se construye?

Algunas explicaciones apenas esbozadas me indican que el dato antropofísico proviene necesariamente de la corporeidad humana, que la antropología física ha concebido básicamente como población, sea ésta referida a poblaciones desaparecidas o actuales.

Desde la perspectiva tradicional, que he destacado en el inicio del presente texto, el dato antropofísico es un «dato duro», concebido desde la osteometría y la antropometría, y resignificado como desviación estandar y porcentajes. Pareciera que los investigadores que se apuran por «buscar» este dato asumieran que éste se encuentra ahí, esperando a ser compilado, para ser analizado después en un laboratorio especial.⁶

Habría que precisar que desde mi perspectiva, que alude a la idea de la investigación como proceso, los datos se construyen; es decir, son las respuestas a nuestras incipientes preguntas que contribuyen en mucho a elaborarse de nuevo como hipótesis y deben ser

⁶ Estoy de acuerdo con que diversos tipos de información son realmente resultado de una investigación de laboratorio; es decir, se producen ahí, no obstante es menester pensar que eso no es lo relevante, lo que quiero destacar es que el «dato en sí mismo» no existe, ni es producto de laboratorio, sino que se construye.

buscados de manera reflexiva, permanente, teniendo como base una relación estrecha entre la observación, la descripción y el análisis. Y para ello no importa si nuestra investigación tiene como referente una población desaparecida o una actual. Los datos antropofísicos no se convierten en datos «científicos» por ser producidos en laboratorio, pues ello no daría como referente más que una idea burda de lo que es la ciencia y lo que es el método científico.

Desde los años sesenta, diversos cuestionamientos han emergido para destacar que la idea de ciencia o la ciencia misma, no existe en un apartado más allá de la realidad y con ello se quiere puntualizar precisamente que la ciencia no es neutra, ni tiene un carácter divino, por el contrario, está hecha por hombres y mujeres que imprimen a sus ideas científicas, su propia experiencia, su realidad social y su cultura.

En la década de los setenta, un clásico de la historiografía de la física, escrito por Forman (1984), deja una clara muestra de cómo la ciencia se puede explicar con base en condicionamientos socio-económicos y situaciones histórico-culturales particulares. Su obra es de enorme importancia para la historia de las ideas sobre la ciencia ya que logra explicitar algo que tradicionalmente no se atiende y que tiene que ver con la posibilidad de «historizar» la ciencia, de convertirla en objeto de estudio y colocar a su vez a los científicos como sujetos de análisis.⁷

Desde luego que aquí no voy a restarle importancia a un suceso trascendental para la institucionalización y popularización de la historia de las ciencias, acaecido a comienzos de 1960: la aparición del libro de Thomas S. Kuhn (1962), *La estructura de las revoluciones científicas*. Teoría más sociológica que lógica sobre el crecimiento del conocimiento científico, basada en torno al elusivo concepto de paradigma. Ni dejaré de mencionar, la casi simultánea aparición de otro suceso de gran importancia para la modernización, profesionalización y desarrollo de la historia de la física del siglo XX: el proyecto

⁷ Un aspecto muy destacable del autor es la gran atención que dedica a factores de tipo «externo», ya que desde su perspectiva la ciencia debe analizarse a partir de factores económicos, políticos, organizacionales, institucionales y además desde la influencia de los valores culturales en el desarrollo de la ciencia. En casi todos sus trabajos los aspectos internos y externos se combinan en busca de una historia «total».

«Fuentes para la historia de la física cuántica», cuyo deseo de realización se debió al anhelo de los físicos por escribir su historia.

Se podrá preguntar el lector ¿qué tiene que ver la física cuántica con la antropología física? Y mi respuesta más contundente es que tales experiencias analíticas, acuñadas en lo que se ha dado en denominar la filosofía de las ciencias, tienen una gran importancia, pues nos conducen a reflexionar sobre nuestra propia experiencia en la investigación. El proyecto «Fuentes para la historia...» representa una experiencia interesante por ubicar el devenir de la física cuántica, que por lo demás es un ejemplo que podríamos atraer para nuestra área.

Tal vez historiar nuestro quehacer antropofísico, desde una perspectiva crítica sobre lo que se ha hecho, cómo se ha hecho y a la luz de lo que falta por hacer, nos conduzca a mirar no sólo fechas y listados de temas de estudio abordados desde la antropología física, sino más bien explicar por qué unos temas se han abordado más que otros y explicar las grandes ausencias.⁸

EL «DATO», EL «OTRO» Y LA IMPORTANCIA DE LA ETNOGRAFÍA COMO MÉTODO DE ANÁLISIS

Volviendo al dato antropofísico, asumo que éste no sólo se encuentra en un laboratorio cerrado entre microscopios y probetas (salvo que sea representado por un conjunto de huesos) y aun así, como lo he indicado anteriormente, es un dato que se construye; es decir, que se elabora a partir de las ideas primarias del investigador, que precisamente está representado en el cuerpo biológico que hoy no podemos

⁸ Probablemente la indefinición de la antropología física, o su diversificación, han orientado a diversos investigadores a la elaboración de inventarios de antropología física, que no son más que un ordenamiento de trabajos de investigación con una clasificación particular, véase Villanueva (1982). Un trabajo similar es el elaborado por Cárdenas (1992), pero referido a las tesis de antropología física de la ENAH, que muestra de manera resumida los trabajos. No obstante hace falta una reflexión sobre la elaboración de ideas en términos intrínsecos y extrínsecos de la disciplina y que proporcione algunas pautas de cómo determinados temas se convierten en el punto nodal de ésta. Un esfuerzo de ese tipo lo inicié en 1991, con el objetivo de analizar cómo las corrientes teóricas y los usos de determinada técnica estaban plasmándose en la elaboración de tesis de antropología física. El interés fue analizar críticamente tales usos y sobre todo ver qué repercusiones tenían en la conformación de corrientes de pensamiento más o menos sólidas, Ramírez (1995).

más que ver como cuerpo social, simbólico y político, pues la corporeidad de la que se da cuenta en nuestras investigaciones es nada menos que la de sujetos que viven en sociedad, tienen una cultura, participan de ciertos ideales políticos y de aspiraciones personales.

Este es uno de los elementos que hay que subrayar para construir la diferencia. Los antropólogos para hacer antropología física (sobre todo los dedicados a poblaciones vivas) enfrentamos un encuentro con el «otro», más allá de que por razones propias de elección ese «otro» sea tan cercano a uno mismo.

Reconociendo esta circunstancia, resultaría pertinente preguntarnos alguna vez ¿por qué los niños, las mujeres, los trabajadores, los indígenas, los enfermos deben contestar a nuestras preguntas y dejar medir sus cuerpos? Me parece que por razones de honestidad profesional debemos de asumir que no tenemos la investidura del médico, a quien un saber profesional le otorga tradición y socialmente la legalidad para escudriñar los cuerpos. Somos antropólogos y nuestra labor se circunscribe en la explicación antropológica de los fenómenos biológicos, por ello nuestra tarea debe ser más bien aproximarnos con vehemencia en la búsqueda de explicaciones antropológicas.

En estas explicaciones, nos ha hecho falta reflexionar sobre ese encuentro con el «otro», trabajo que por lo demás sí ha sido piedra angular de los estudios de antropología sociocultural. Considero que nuestra disciplina se vería muy beneficiada si se abriera a dicha discusión, y por lo menos en el camino incorporara críticamente la metodología antropológica que habla de un oficio que se acuña en el trabajo de campo, desde el cual se deben describir y analizar los fenómenos abordados, en un continuo ir y venir de ideas.⁹

Estar alejados como antropólogos físicos de tal perspectiva es, desde mi punto de vista, grave, toda vez que ese «otro» no es advertido como un sujeto que piensa y que tiene capacidad discursiva, sino más bien es reducido a un porcentaje, a una desviación estándar o

⁹ Tal vez sea una osadía de mi parte reflexionar sobre algo tan complejo y criticado en el área de la antropología social y cultural, como lo es el trabajo etnográfico. No obstante me parece que estos foros son los necesarios para ventilar las ideas que venimos formulando y que dan sustento a nuestras investigaciones. En este caso, es lo que vengo haciendo a partir de mi propia experiencia de campo, por ello algunas de las cuestiones que sustentan esta propuesta aparecen apenas esbozadas, dado que es una reflexión que no está del todo acabada y que por lo demás está acompañando permanentemente mi trabajo de investigación.

representado por una gráfica. El asunto no es entrar en la polémica de si nuestra disciplina debe construir sólo datos cuantitativos o de otro tipo. La cuestión que he querido exponer y discutir en este ensayo es esa desantropologización advertida también en la forma en que se producen los datos; es decir, en un diseño de investigación que concibe el trabajo de campo sólo como un periodo de tiempo en el que se va en busca de «datos» para luego analizarlos en otro momento y en otro espacio.

Esta idea permite continuar con una actividad que se cree científica, sobre la base de tener un tiempo de análisis posterior a la compilación de los datos, descontextualizando las más de las veces dicha información. Esta inferencia, no es sólo producto de la revisión de trabajos publicados, sino también es generada en la vida cotidiana al observar las representaciones que los investigadores tienen respecto de lo que es el trabajo de campo.

Por ello es conveniente establecer algunas aclaraciones. Decir que una de las actividades de la disciplina es el trabajo de campo es aceptar la presencia de lo que ha distinguido a lo antropológico. Y no se trata de tener una actitud esencialista, se trata de mirar críticamente nuestro quehacer. Se trata de asumir que cuando en nuestro diseño de investigación apuntamos la importancia de la recopilación de información a través del trabajo de campo, estamos aceptando que éste es algo más que un periodo en el que se miden cuerpos, se extrae sangre, se llenan cédulas, se hacen entrevistas y se compilan documentos de interés.

Puedo aceptar que de manera coloquial el investigador informe que se va o que terminó su trabajo de campo, sin embargo en el momento en que está dando cuenta del diseño de investigación y los resultados que generó, es imprescindible que describa cómo es que se considera el trabajo de campo, cómo se desarrolló, cuáles actividades realizó y si están relacionadas claramente con los objetivos e hipótesis que se propuso.

En mi caso prefiero denominarlo trabajo etnográfico, en principio porque mi actividad investigadora está siempre en función de un encuentro con el «otro», está marcado por una interacción humana, de ahí que conciba a la etnografía como un laboratorio viviente, donde no hay neutralidad, ni asepsia en un sentido metafórico, pero sí hay precaución, respeto y sobre todo mesura. El trabajo que

he venido desarrollando ha intentado proveerse de la etnografía como una metodología adecuada en la construcción de datos, aunque en los primeros intentos fue realizado de manera muy pragmática (Ramírez 1985, 1986, 1989 y 1991), precisamente teniendo esa experiencia es que me aproximé a la elaboración más puntual de dicha propuesta. Los primeros resultados trabajados desde una perspectiva etnográfica se pueden ver en el análisis que desarrollé sobre el significado social de la enfermedad (Ramírez s/f). En dicho estudio apunto la importancia de reconocer que el proceso salud-enfermedad-atención en grupos concretos de trabajadores, refiere a una estructura de poder, pero también y sobre todo a una estructura de significados, por lo cual resulta necesario destacar para su explicación el significado que cada conjunto le confiere a tal proceso. Dichos razonamientos son operativizables en la medida en que podemos acceder a los conjuntos sociales e interrogarles sobre sus nociones, explicaciones y acciones respecto de dicho proceso. Pero es sólo a partir de un trabajo etnográfico que podemos dar cuenta de la manera en que los sujetos se relacionan y ejecutan sus acciones de control, dominio, sumisión y otras respuestas.

Otro beneficio del trabajo etnográfico está en poder situar las reacciones que provoca el investigador sobre el investigado. Esta cuestión que tiene que ver con un juego de miradas debe analizarse para entender el sitio desde el cual el investigador habla y analiza. Reflexionar sobre ello es destacar, como diría Rosaldo (1991), a un sujeto situado.

El trabajo etnográfico refiere al oficio de la mirada y el sentido, más que ser considerado al estilo tradicional como sinónimo de observación participante, es para mí un espacio de creación en el que se deben poner en acción todos los sentidos, reformulándose en términos hermenéuticos como una dialéctica entre la experiencia y la interpretación. La etnografía en este sentido se convierte en un juego de miradas, donde el observador observa pero también es observado, adjetiva pero también es adjetivado, irrita pero también es irritado y se convierte en actor, jugando diversas posiciones: observador-actor y actor-observador. Esto habla también de lo que para Marcus (1995), es una etnografía multisituada.¹⁰

¹⁰ Para una discusión detallada de la etnografía y su vinculación con la observación participante, véase Gutiérrez y Delgado (1995).

Hacer etnografía significa establecer relaciones, seleccionar a los informantes, hacer registros en cédulas, transcribir textos, tomar fotos, hacer diarios de campo. Pero es algo más que eso, requiere de un cierto esfuerzo intelectual, una especulación elaborada que hace comprender que el dato no está ahí en la superficie, sino que es una interpretación, una representación, que surge a partir de lo que Geertz y Clifford (1991) llaman la descripción densa. Por otra parte, es preciso señalar que lo que encara el investigador de campo o etnógrafo es una multiplicidad de estructuras conceptuales complejas, muchas de las cuales están superpuestas o enlazadas entre sí, estructuras que son al mismo tiempo extrañas, irregulares, no explícitas y a las cuales el etnógrafo debe ingeniárselas de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después.

Aparte de esa necesaria reflexión, el trabajo etnográfico debe rescatarse como una metodología adecuada para obtener datos reflexivos. Es también un espacio de confluencia de diversas tecnologías (antropometría, encuestas, entrevistas, talleres de discusión, historias de vida), pero debe ser ante todo un oficio de descripción, cuyo rigor será alcanzado sólo si el investigador-observador es capaz de concebir su proceso de investigación, como un proceso de creación cognitiva que involucra la descripción, explicación e interpretación de sus datos antropofísicos.

Un planteamiento de esta naturaleza supone entender lo característico del oficio antropológico que pone en juego la actitud de observador y de escucha, que pretende sobre todo la cercanía con el objeto-sujeto de estudio para una mejor comprensión de su problemática. Como bien ha evidenciado Nancy Scheper-Huges (1992: 39) en su celebrado estudio sobre la violencia cotidiana y la muerte infantil en el norte de Brasil: «Ver, escuchar, tocar, registrar, pueden ser si se practican con cuidado y sensibilidad actos de fraternidad y hermandad, actos de solidaridad. No mirar, no tocar, no registrar, es la actitud hostil del acto de la indiferencia y de volver la espalda».

El beneficio del trabajo etnográfico está justamente en esa articulación de observador y de escucha en un oficio permanente de descriptor de realidades que comprometen diversas formas de praxis corporal –trabajar, comer, acicalarse, descansar, dormir, practicar deporte, manifestar la sexualidad, enfermar y sanar– por señalar algunas de las expresiones corporales que nos aglutinan en este colo-

quiu, todas ellas, no cabe duda, expresión de relaciones dinámicas, sociales, culturales y políticas.

A mi juicio, el beneficio de incorporar el trabajo etnográfico a la antropología física se verá reflejado de dos maneras:

1. En la capacidad de problematización a partir de una actitud que antepone no la búsqueda del dato, sino la construcción del dato mismo. Lo que el antropólogo físico estará ejerciendo será su capacidad reflexiva para elaborar las preguntas adecuadas y conformar las respuestas que contribuyan a un ciclo permanente que vincule el dato empírico con el proceso teórico.

2. En que considerar la investigación como un proceso cognitivo de creación, que mantiene en primer lugar la descripción y análisis de lo que el investigador hace y por qué lo hace, contribuye no sólo a tener una actitud de vigilancia epistemológica como lo ha apuntado Bourdieu (1995), sino ha contar en el medio académico con investigaciones que develen claramente el proceso que se siguió para llegar a determinados planteamientos y resultados.

El trabajo etnográfico no es la panacea, ni lo último ni lo único que debe realizar el antropólogo como investigador de campo, pero sí es una ruta metodológica pertinente porque es un primer ordenador de ideas, observaciones, respuestas, diálogos, que deben ser reflexionados desde el momento mismo en que se producen y que guían considerablemente la investigación.

En consecuencia y para terminar, propongo que los que hacemos antropología física recuperemos lo antropológico, construyamos la diferencia y la identidad de nuestra disciplina a través de un oficio olvidado: el del trabajo etnográfico que nos permitirá reconocer que el litoral corpóreo está expresado tangiblemente, pero su sustento está puesto en una red compleja que articula individuo, sociedad y cultura, donde los sentimientos, las emociones, las percepciones sobre el propio cuerpo y su capacidad de simbolización, son esenciales para la interpretación de su propia expresión.

El antropólogo físico debe tener la actitud de observador y escucha, pues como bien señala Ibáñez (1986: 55): «[...] escucha es lo contrario de atención, [una atención flotante es una no atención]: el que atiende sólo puede oír lo que espera oír, desde el horizonte de sus deseos y/o intereses, el que escucha puede oírlo todo [...] El que atiende busca, el que escucha encuentra».

REFERENCIAS

BOURDIEU, PIERRE

1995 *El oficio de sociólogo*, Siglo XXI, México.

CÁRDENAS, EYRA

1992 *Catálogo de tesis de antropología física. 1944-1992*, INAH, México.

COMAS, JUAN

1957 *Manual de antropología física*, Fondo de Cultura Económica, México.

COMAS, ET AL.

1971 *Biología humana y/o antropología física*, Instituto de Investigaciones Antropológicas-UNAM.

DOBZHANSKY, THEODOR

1950 Human Diversity and Adaptation, Cold Spring Harbor Symposium Quantitative Biology, vol. XV, *Origin and Evolution of man*, pp. 385-400.

FORMAN, PAUL

1984 *Cultura en Weimar, causalidad y teoría cuántica, 1918-1927*, Alianza, Madrid.

GARN, STANLEY

1954 On the education of the physical anthropologist, *American Journal of Physical Anthropologist*, vol 12: 607-609.

GEERTZ, C., Y J. CLIFFORD

1991 *El surgimiento de la antropología posmoderna*, Gedisa, México.

GOODMAN, A., Y T. LETHERMAN

1998 *Building a New Biocultural Synthesis. Political-Economic Perspectives on Human Biology*. University of Michigan Press, Ann Arbor.

GUTIÉRREZ Y DELGADO

1995 Teoría de la Observación, Gutiérrez y Delgado (comp.), *Métodos y técnicas cualitativas de investigación en ciencias sociales*, Síntesis Psicología, Madrid, España.

IBÁÑEZ, JESÚS

1986 Perspectivas de la investigación social: el diseño en la perspectiva estructural, Ferrando García *et al.* (comps.), *El análisis de la*

realidad social. Métodos y técnicas de investigación, Alianza, Madrid: 31-65.

KUHN, THOMAS

1962 *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de Cultura Económica, México.

MURGUÍA, RAÚL

1980 Diferenciación social, crecimiento y desarrollo corporal, *Boletín de Antropología Americana*, 1, junio.

MARCUS, GEORGE

1995 Ethnography in/of the World System: The Emergency of Multi-Sited Ethnography, *Annual Review Anthropology*, 24: 95-117.

RAMÍREZ, JOSEFINA

1985 Desgaste físico de la fuerza de trabajo y vida cotidiana de un grupo obrero: los mineros de Pachuca y Real del Monte, *Avances de antropología física I*, INAH, México.

1986 Desgaste físico de la fuerza de trabajo y vida cotidiana de un grupo obrero: los mineros de Pachuca y Real del Monte, *Avances de antropología física II*, INAH, México.

1989 Perfil físico y social de trabajadores mineros de la empresa explotadora de plata Real de Angeles, Zacatecas, ponencia presentada en el V Coloquio de Antropología Física «Juan Comas».

1991 Los cuerpos olvidados. Investigación sobre el proceso laboral minero y sus repercusiones en la fuerza de trabajo. Un estudio de caso de los mineros de la Compañía Real del Monte y Pachuca, tesis de licenciatura en antropología física, ENAH, México.

1995 El cuestionamiento teórico y práctico de la antropología física reflejado en las tesis de la ENAH, (1970-1990), ponencia presentada en el VIII Coloquio de antropología física «Juan Comas», México.

1995 En torno a la percepción social que un grupo de obreras de la industria metalmeccánica tiene acerca de sus procesos enfermantos, tesis de maestría en antropología social, CIESAS, México.

s/f *El significado social de la enfermedad. Perspectiva de un grupo de obreras.*

ROSALDO, RENATO

1991 *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, Grijalbo, México.

SCHEPER-HUGHES, NANCY

- 1992 *Death without Weeping. The Violence of Everyday Life in Brazil*, The University of California Press, USA.

VILLANUEVA, MARÍA

- 1982 La antropología física de los antropólogos físicos en México. Inventario bibliográfico (1930-1979), *Estudios de Antropología Biológica*, UNAM, México.

WASHBURN SHERWOOD, L.

- 1951 *The New Physical Anthropology*, Transactions of the New York Academy of Science.
- 1965 La estrategia de la Antropología Física, A. L. Kroeber (ed.), *Conceptos y valores en antropología*, Libros Básicos, Buenos Aires.

